



EL CASTILLO DE PRIEGO.

(PROVINCIA DE CÓRDOBA.)

La villa de Priego está situada al pié de dos cerros, en un llano en forma de mesa parte de la población, y lo restante sobre un escarpado cerro; la rodea por el valle un crecido número de huertas deliciosas que se extienden hasta el río que nombran *Salado*, y ocupan su orilla izquierda ofreciendo una agradable vista.

Existió durante la dominación romana; pero sus memorias mas antiguas solo alcanzaron al siglo XIII en que era esta villa poseída por los mahometanos, de cuyo poder la arrancó el santo rey D. Fernando en 1222, asistiendo á la conquista el maestre de Calatrava D. Gonzalo Yañez de Novoa; mas el año en que se verificó no es tan cierto que no haya sobre él algunas opiniones. Rades de Andrida, en la crónica de las órdenes militares, escribe que fué por agosto del año que hemos indicado: otros aseguran que fué tomada en 1224, y Garibay dice que «en 1226 el rey D. Fernando, después de haber alzado el cerco de Jaen, por Alcaudete, llegó á Priego, y le tomó al tercero día con prision de mucha gente, excepto la que se encerró en el alcázar, el cual se rindió á partido, si bien otros dicen que habiéndolos pasado á cuchillo, fué asolado el pueblo: en él había muchos caballeros almohades.»

En efecto, el rey D. Fernando, habiendo entrado por tierra de Baeza en el país mahometano, puso sitio á Jaen, mas tuvo que levantarle por carecer de ingenios para combatirla; y así el rey con los maestres de las órdenes marcharon contra Priego, cuyo alcázar era muy fuerte, y lo combatieron matando muchos moros. Hallaron en esta villa gran porción de riquezas, porque en ella moraban caballeros de los almohades ricos y poderosos. Algunos de estos se acogieron al castillo, y habiendo sido tomado pidieron seguro de las vidas, obligándose á entregar al rey todas las riquezas y tesoros, intercediendo el rey de Baeza, y darle además 80,000 maravedis de plata, y para seguridad del pacto entregar 500 caballos almohades, 900 habitantes de la villa y 55 dueñas moras. El rey de Castilla repartió estos rehenes entre sus capitanes, y el de Baeza pidió en guarda las damas moras hasta que los moros evacuasen la villa. Todo se cumplió así, y el rey distribuyó las riquezas que se habían ganado entre los caballeros que

le habían servido en aquel cerco. Dejada guarnición, y dadas las providencias necesarias para la defensa de la villa, partió el rey con su ejército á poner sitio á la fortaleza de Loja. Después hizo donación de la villa á la orden de Calatrava, en cuyo poder permaneció hasta 1530 en que la volvieron á ganar los moros por traición de un escudero á quien había puesto de alcaide el comendador Pedro Ruiz de Córdoba. Permaneció en poder de los moros hasta el año de 1541 en que la restauró el rey D. Alfonso XI, y en 1570, por privilegio rodado, espedido en Sevilla, hizo merced el rey Don Enrique II de la villa de Priego con su castillo, aldeas y términos, y la jurisdicción civil y criminal, á Gonzalo Fernandez de Córdoba, señor del estado de Aguilar. Perdióse otra vez pues estando el infante D. Fernando de Antequera sobre Setenil; salió D. Gomez Suarez de Figueroa, hijo del maestre de Santiago, á correr las tierras de los moros, y se apoderó de Priego en 1407, y dos años después el infante las mandó poblar de cristianos.

Por este tiempo sacaban muchas ventajas de los moros de Granada por la parte de Murcia desde Lorca, el mariscal Garcia de Herrera, Pedro Lopez Fajardo, Alonso Yañez Fajardo, hermano del anterior, Don Ramon de Rocafull y Garci-Lopez de Cárdenas; y los moros corridos, con ánimo de vengarse, cercaron á Priego con buen ejército en 1407, mas no consiguieron tomarlo, porque fué tal la defensa de los vecinos, que les obligaron á desistir de su empeño y volver las espaldas.

Desearo el infante D. Fernando de Antequera para seguridad de la frontera, fortificar y poblar á Priego, á fin de conseguirlo dió su tenencia en 1409 á Alonso de las Casas, un caballero poderoso de Sevilla que se hallaba en la corte; pero como á poco de llegar á esta ciudad cayese enfermo, mandó en su lugar á Juan Lopez de Orbaneja, caballero de Marchena, que asaltado improvisamente de los moros, fué muerto, y perdida la villa que sus defensores entregaron á partido; mas no se les guardó por la perfidia mahometana, y los cristianos padecieron al salir terrible estrago. Los moros se contentaron con incendiar la población y la desampararon: pero acudiendo luego Alonso de las Casas, se entró en ella y á gran costa de su hacienda la reparó y fortaleció manteniendo su tenencia importantísima á la defensa de la frontera.

La fortaleza de esta villa, que tantas veces fué espugnada, ya por los cristianos, ya por los sarracenos, fué construida por los árabes sobre las ruinas de otra romana que allí hubo. Es un cuadrilátero

6 DE NOVIEMBRE DE 1855.

rodeado de seis torres, todas cuadradas menos una que hay en la parte de Oriente, que es redonda. Dentro del cuadro hay una gran torre á la que llaman *Torre gorda*. En ella se encuentra una mina ya cegada que dicen salía al campo y llegaba á orillas del Salado, y una pieza baja cuadrada sostenida de pilares. Su altura es de noventa piés y cincuenta y cuatro su ancho.

Las torres de la fachada principal, que es la que presenta el dibujo, aunque se diferencian en su anchura, no así en su elevación, que debió ser igual en todas, aunque en el día las laterales parecen algo rebajadas. Las almenas han sido destruidas en todas menos en la central del lado de Occidente. Sobre el grueso de la muralla hay una galería descubierta que pone en comunicación las torres, menos la que está en el centro de la fachada de Occidente que está aislada.

En una de las esquinas de la Torre gorda hay una lápida de mármol blanco con una inscripción romana ya muy maltratada, que parece una dedicación á Trajano.

Otra lápida hay de mármol blanco de dos varas de largo, que sirve de umbral á una puerta pequeña para salir del recinto del castillo á un camino cubierto que había entre la fortaleza y el muro exterior de la villa, la cual tiene una inscripción muy alterada, de que se puede leer lo siguiente:

.....S FORTVNA EX. TESTAMENTO L. FLAVI. PROCVLLI. RELI
CTA PER. CVRATOREM. OPERIS. L. IVNI.....
FACTA. EX HS. VI. SECVNDVM. SENTENTIAM. C. MESSI. RVFI
NI PATRICIENSIS APP.....
RVN. PATRICIENSEM.....RBITRVM. DONC.....HVIC DONO
E.....XX.....H

A la entrada del castillo, sobre la puerta, en lo interior del muro hubo una lápida que ahora se halla en una casa de la villa, en que está la siguiente inscripción:

IN. HONOREM IMP
NERVAE. TRAIANI. CAE
SARIS. AVG. GERM. DACICI
EX. BENEFICIIS. EIVS. PECVNIA
PVBLICA. D. ORDINIS. FACTVM ET. DEDICATVM.
L. M. RAMIREZ Y DE LAS CASAS-DEZA.

LAS CALLES Y CASAS DE MADRID.

RECUERDOS HISTÓRICOS (1).

EL PRADO Y EL RETIRO (2).

EL PRADO.

El orden de nuestro paseo nos conduce hoy naturalmente á tratar del magnífico apéndice al Madrid oriental que con el nombre de *El Prado viejo*, vino siendo desde principios del siglo XVI el sitio preferente de recreación para los habitantes de esta villa. El inmenso terreno comprendido hoy bajo la comun denominación de *paseo del Prado*, desde el convento de Atocha hasta la puerta de Recoletos, tiene de extensión 8776 piés, ó muy cerca de media legua: pero está formado de varios trozos considerables, de los cuales unos eran efectivamente prados de la villa, como el *prado de Toya* ó de *Atocha* (de que ya se hace mención en el fuero de Madrid del siglo XII) y el de *San Gerónimo*, apellidado así tres siglos después. Otros eran huertas y barrancos al pié de las colinas sobre las cuales se erigió después este antiguo monasterio y el sitio del Buen Retiro; y otros finalmente tierras de cultivo, eras y casas de labor del lado de Recoletos.

Debemos suponer que la parte que primero se regularizó y redujo á camino transitable sería sin duda la carrera de Atocha, que desde lo alto de la calle de este nombre conducía á aquel antiquísimo santuario tan célebre y relacionado con la antigua historia de Madrid, que se enlaza con ella desde los tiempos fabulosos, y cuando menos desde los primeros siglos de la invasión sarracena. En ellos se supone fué reconquistado momentáneamente Madrid por el valeroso caballero *Gracián Ramírez* á intercesión milagrosa de la veneranda imagen que con el título de *Nuestra Señora de Atocha* (3) tenía su templo ó er-

mita inmemorial en aquel sitio. A él acudían en devotas romerías multitud de peregrinos de todos los puntos de España; razón por la cual se hubo de labrar, andando los tiempos, arrimado al mismo un hospital ú hospedería para albergarlos, cuyo patronato corría á cargo de la misma casa de los *Ramírez* (hoy de los condes de *Bornos*), los cuales tenían allí cerca grandes propiedades, alguna de las cuales han venido poseyendo hasta nuestros días en que fué vendida para construir en ella la estación y arranque del camino de hierro.—Por los años de 1525 y en el reinado del emperador Carlos V se escogió aquel sitio para la fundación de un convento de religiosos del orden de Santo Domingo, y construido este y el templo nuevo (al que se agregó después en 1588 una suntuosa capilla que Felipe II mandó labrar en el sitio mismo en que estuvo el antiquísimo santuario ó ermita de Nuestra Señora), quedó bajo el patronato real, que el mismo monarca y sus sucesores se apresuraron á aceptar, colmando de privilegios, mercedes y cuantiosos dones á esta casa y santuario, enriqueciéndole con suntuosas obras de arte, y ostentando por todos los medios imaginables su piadosa devoción hacia la santa Patrona de su corte real.—Un tomo entero no bastaría acaso para extraer siquiera lo mucho que se ha escrito en prosa y en verso sobre el origen y milagros de esta santa imagen; para reseñar la historia de su pomposo culto, los testimonios vivísimos de adoración y de entusiasmo, de que en todos tiempos ha sido objeto por parte de los monarcas, de la corte y vecindario de Madrid; sus solemnes traslaciones, cuando al palacio de nuestros reyes con motivo de graves peligros en su vida, cuando á otros santuarios con ocasión de pestes, guerras y otras; sus regresos triunfales á esta santa casa, de dos de los cuales hemos sido testigos en este siglo después de la expulsión de los franceses, que convirtieron en cuartel la antigua iglesia y convento, y después de la extinción de los regulares y designación de este edificio para *Hospital de inválidos militares* en 1858.—El templo de Atocha, restaurado en lo posible por la piedad del rey D. Fernando VII, ostenta hoy en su principal altar aquella primitiva y celebrísima imagen. De sus elevados muros penden los gloriosos estandartes de los antiguos tercios castellanos, las inmortales banderas de los modernos ejércitos de la guerra de la independencia. Los dos caudillos mas memorables de ella, *CASTAÑOS* y *PALAFOX*, yacen en sus bóvedas aguardando el monumento nacional que ha de eternizar materialmente las glorias de *Bailen* y de *Zaragoza*; y los veteranos inválidos de nuestros ejércitos, la corte y el pueblo de Madrid llenan constantemente su recinto, y confunden sus plegarias con las de los monarcas, que según la costumbre introducida desde Felipe III, vienen á este santuario *todos los sábados* á implorar la protección divina, y en ocasiones solemnes de su advenimiento al trono, de su entrada en Madrid, de sus casamientos, ó de la presentación del heredero de su corona, á celebrar las mas grandiosas ceremonias de la iglesia y de su corte.

El trozo de paseo, sin embargo, que conduce á esta iglesia desde donde termina hoy la calle de Atocha adonde se alzaba la mezquina puerta del mismo nombre, llamada primitivamente de *Vallecas*, y derribada en estos últimos años, es el menos decorado y brillante del Prado, y consiste solo en algunas filas de árboles con un camino central para los coches, y estrechos paseos laterales entre el cerrillo en que estuvo la ermita de *San Blas* (mas abajo de donde hoy el *Observatorio astronómico*) y la cerca que da al camino viejo de *Vallecas*, hoy ya en parte derribada, y arrimada á la cual está la otra mezquina ermita denominada del *Angel*, y antes del *Santo Cristo de la Oliva*; todo esto tiene que variar muy pronto de aspecto, cuando se verifique cualquiera de los proyectos indicados del ensanche de Madrid por aquel lado, colocando la nueva entrada frente á la esquina del Hospital General. Pero aun este mezquino paseo ó alameda no existía en esta forma en el siglo XVII, presentando solo el aspecto desnudo y pelado de un camino real.—El otro trozo considerable del paseo moderno que media entre dicha calle de Atocha y la carrera de San Gerónimo consistía hasta fines del siglo último en una sencilla calle de álamos flanqueada por algunas huertas del lado de la población, y por el opuesto limitada por el inmundo barranco que venía descubierto desde las afueras de Recoletos, y aun esta alameda no debió plantarse y regularizarse algun tanto hasta 1582, con motivo de la entrada de la reina Doña Ana de Austria, esposa de Felipe II, si hemos de creer lo que asegura el maestro Juan López de Hoyos en su relación é historia de aquella solemne entrada.

Del otro lado de la Carrera y hasta la calle de Alcalá era donde existió de mas antiguo el paseo primitivo y favorito de los madrileños, pues que vemos que el maestro *Pedro de Medina*, que escribió en 1545 su libro de *Grandezas y cosas memorables de España*, consagraba ya á este paseo las líneas siguientes: «Hacia la parte oriental (de Madrid) luego en saliendo de las casas sobre una altura que se hace, hay un suntuosísimo monesterio de frailes Hierónimos con aposentamientos y cuartos para recibimientos y hospedería de reyes, con una hermosísima y muy grande huerta. Entre las casas y este mo-

(1) Véanse los números anteriores.

(2) No habiendo podido concluir para este número la lámina que debía acompañar al presente artículo, la daremos en el siguiente.

(3) Según los historiadores y panegiristas de esta sagrada imagen, hay motivos para atribuirle á S. Lucas, y suponer fué traída á España en los primeros siglos del cristianismo. Su nombre de *Atocha* ha sido atribuido por unos á la yerba *tocha*, que se criaba en aquellos sitios, llamados por esta razón *el atochar*; otros creen que sea corrupción de *Antioquia*, por haberla traído, dicen, de aquella ciudad de Palestina.

«nesterio, hay á la mano izquierda en saliendo del pueblo una grande y hermosísima alameda, puestos los alamos en tres órdenes que hacen dos calles muy anchas y muy largas, con cuatro ó seis fuentes hermosísimas y de lindísima agua, á trechos puesta por la una calle, y por la otra muchos rosales entretrechados á los pies de los árboles por toda la carrera. Aquí en esta alameda hay un estanque de agua, que ayuda mucho á la grande hermosura y recreacion de la alameda. A la otra mano derecha del mismo monesterio, saliendo de las casas, hay otra alameda tambien muy apacible con dos órdenes de árboles que hacen una calle muy larga hasta salir del camino que llaman de Atocha. Tiene esta alameda sus regueros de agua, y en gran parte se va arrimando por la una mano á unas huertas. Llamán á estas alamedas *El Prado de San Hierónimo*, en donde de invierno al sol, y de verano á gozar de la frescura, es cosa muy de ver y de mucha recreacion la multitud de gente que sale, de bizarrísimas damas, de bien dispuestos caballeros y de muchos señores y señoras principales en coches y carrozas. Aquí se goza con gran deleite y gusto de la frescura del viento todas las tardes y noches del estío, y de muchas buenas músicas, sin daños, perjuicios ni deshonestidades, por el buen cuidado y diligencia de los alcaldes de la corte.»

Tal es la pintura que hace del Prado de Madrid á mediados del siglo XVI un testigo fidedigno; pero ella debía ser tan encomiástica como de costumbre, cuando sabemos por la tradicion lo escabroso é inculco de aquellos sitios, y hasta los vemos representados minuciosamente un siglo después en el precioso Plano de 1656.—En él se ven efectivamente dos alamedas formadas por tres filas de árboles desde la calle de Alcalá hasta la Carrera. El barranco que corría por toda la línea del paseo (y que aun hemos reconocido sin cubrir en el trozo de Recoletos) se hallaba poco mas ó menos por donde ahora el paseo de coches, y sobre las alturas cercanas al Retiro, donde ahora el cuartel de Artillería estaba el *juego de pelota*, habiendo tenido la villa que desmontar parte de aquella formidable altura que estaba allí desde el principio del mundo (según afirma seriamente Pinelo) para facilitar el acceso al Real sitio, con ocasion de unas solemnes fiestas en 1637. Próximamente á donde está ahora la fuente de Neptuno habia una torrecilla y una pequeña fuente titulada *el Caño dorado*, y alguna otra igualmente miserable donde ahora las de Apolo y las cuatro fuentes, continuando la calle de árboles estrecha y flanqueada de huertas por ambos lados hasta la puerta de Vallecas, y cesando allí de todo punto el arbolado por el camino de Atocha.

Este era todo el adorno propio de aquellas deliciosas alamedas del maestro Medina, de aquel romántico paseo y sitio de recreacion, de aventuras y galanteos de la poética y disipada corte de Felipe IV, la que por lo visto quedaba satisfecha con tan poco aparato y tan miserables condiciones de comodidad. Verdad es que en aquellos tiempos de valor y de galantería, la poesía y el amor solian embellecer los sitios mas groseros é indiferentes; pues aunque el festivo Lope de Vega en un momento de mal humor se dejó decir

«Los prados en que pasean
son y serán celebrados;
bien haceis en hacer prados
pues hay bien para quien sean.»

el mismo y Calderon, Tirso y Moreto y los demás escritores de su tiempo se esmeraron en poetizarle á porfia con las descripciones mas bellas, y haciéndole teatro de las escenas mas interesantes. ¿Quién no trae á la memoria aquellas damas tapadas que á hurtadillas de sus padres y hermanos venían á este sitio al acecho de tal ó cual galán perdedizo, ó bien que se le hallaban allí sin buscarle? ¿Quién no cree ver á estos tan generosos, tan comedidos con la dama, tan altaneros con el rival? ¿Aquellas criadas malignas y revoltosas, aquellos escuderos socarrones y entrometidos, aquellos levantados razonamientos, aquellas intrigas galantes, aquella metafísica amorosa que nos revelan sus ingeniosísimas comedias (únicas historias de las costumbres de su tiempo), y que no solo estaban en la mente de los autores, pues que el público las aplaudía y ensalzaba como pintura fiel de la sociedad, espejo de su carácter y acciones? ¿Qué gratas memorias no debían acompañar á este Prado que todos los poetas se apropiaban como suyo! Y cuando su inmediacion á la nueva corte del Buen Retiro le hizo acrecer aun en importancia, ¡qué de intrigas, qué de venganzas, qué de traiciones no vinieron tambien á compartir con la historia su poética celebridad!

En los tres jardines reunidos de las casas del duque de Maceda (donde hoy el de *Villahermosa*), del conde de Monterey (hoy *San Fermín*), y de D. Luis Mendez Carrion, marqués del Carpio (hoy de *Alcáñices*), fué donde tuvo lugar la famosa fiesta dada por el conde-duque de Olivares á Felipe IV y su corte la noche de San Juan

de 1631, cuya pomposa y curiosísima descripcion inserta Pellicer en su libro titulado *Origen de la comedia española*. En ella se representaron dos; una de Lope de Vega titulada *La noche de San Juan*, y otra de Quevedo y de D. Antonio Mendoza con el título de *Quien mas miente medra mas* (que acaso sea la comprendida en las obras de este último con el título de *Los empeños del mentir*). Hubo además bailes, músicas, cena y enramadas, y luego una suntuosa *Rua* por el paseo inmediato hasta el amanecer.

Al lado de Recoletos la ya citada huerta pública del regidor Juan Fernandez (hoy de la *Dirección de infantería*), el suntuoso palacio y retiro del célebre almirante de Castilla D. Juan Gaspar Enriquez de Cabrera, convertido después por él mismo en convento, y la sala de su teatro en iglesia de las religiosas de San Pascual; el otro palacio y jardin contiguo del duque de Medina de las Torres, y fronteros á ellos los del marqués de Monteleagre y otros, donde ahora la huerta de la Veterinaria y el Pósito, y finalmente los estendidos bosques, huertos y jardines del nuevo sitio real de *Buen Retiro* (de que hablaremos después), acababan por atraer hacia aquel lado la animacion y el bullicio de la corte.—Como contraste de este ostentoso movimiento, de este aparato profano, alzabase, como queda dicho, al extremo meridional del Prado, el severo convento de dominicos de Atocha, y las pobres ermitas contiguas; como al centro del paseo, sobre una altura y lindando con el palacio del Buen Retiro, el otro suntuoso monasterio de San Gerónimo, trasladado á este sitio por los Reyes Católicos en los primeros años del siglo XVI, desde el camino del Pardo, donde habia sido fundado por Enrique IV, en memoria del *paso honroso*, sostenido en aquel sitio por su privado D. Beltran de la Cueva. A este celeberrimo convento, en que tenían su cuartel ó habitación real, acostumbraban á retirarse los monarcas en ocasiones solemnes de duelos, entradas, recibimientos y otras; y en su templo venerable se verificó siempre la solemne ceremonia de la *Jura de los principes de Asturias*, por las Cortes del reino, desde la de Felipe II, que lo fué en 1528, hasta la de S. M. Doña Isabel II, verificada en 1833. Finalmente, al extremo Norte del paseo, otros dos conventos alzaban tambien sus solitarias tapias y religiosas torres en medio de todas aquellas mansiones de animacion y de placer; el ya citado de monjas de San Pascual, fundado en sus últimos años por el célebre cortesano y almirante duque de Medina de Rioseco, y el de *Agustinos Recoletos*, fundacion de Doña Eufasia de Guzman, princesa de Asculi, marquesa de Terranova, y bajo la proteccion del famoso marqués de Mejorada, secretario de Estado de Felipe IV, que vino á yacer en él, en su suntuoso sepulcro.

Todo ha variado completamente con el trascurso del tiempo y las exigencias de la época; y donde antes el inculco aunque poético recitado en que se holgaba la corte madrileña, se estiende hoy y admira uno de los mas bellos y magníficos paseos de Europa. A la voz del gran Carlos III, de este buen rey, á quien debe su villa natal casi todo lo que la hace digna del nombre de corte de la monarquía, y por la influencia y decision del ilustrado conde de Aranda, su ministro, cediéron todas las graves dificultades; hubieron de callar las censuras producidas por la ignorancia ó por la envidia, contra el grandioso pensamiento y sus numerosos detalles, propuestos para la obra colosal de este paseo por el ingeniero D. José Hermosilla y por el arquitecto D. Ventura Rodriguez. Esplayóse grandemente el terreno, con desmontes considerables; terraplenáronse ó se cubrieron y allanaron los barrancos; plantáronse multitud de árboles, proveyéndose á su riego con costosas obras; alzáronse á las distancias convenientes las magníficas fuentes de *Cibeles*, de *Apolo*, de *Neptuno*, de la *Alcachofa* y otras, y se formaron en fin las hermosas calles y paseos laterales, y el magnífico *salon* central. No contenta con esto la ilustracion de aquel inmortal monarca, levantó á las inmediaciones del Prado suntuosos edificios, con destino á importantísimos establecimientos científicos, y que al paso que sirviesen á ellos, concuerrieran tambien á dar á aquel brillante paseo todo el realce y grandeza que merecía.—Sobre el cerrillo vecino á Atocha fué construido á sus espensas por el arquitecto D. Juan de Villanueva el precioso *Observatorio astronómico*; en la parte baja el lindo y utilísimo *Jardin botánico*, «*Civium salutis et oblectamento*», como dice la elegante inscripcion de su entrada; frente de él la *Real fábrica platería* de Martinez, y mas allá el magnífico *Museo*, con destino á Ciencias naturales, que concluido en el reinado de Fernando VII ha sido destinado á Pintura y Escultura, y forma hoy el orgullo de la corte matritense; mejoró y decoró el sitio del Buen Retiro, cercándole con un fuerte muro, dividiéndole del Prado con una elegante verja, y dándole su entrada principal por la puerta de la Glorieta, frente al Pósito; últimamente, al frente de la calle de Alcalá, y terminando la avenida principal á este hermosísimo paseo, un buen trecho mas allá de la antigua y mezquina puerta, se alzó el suntuoso arco de triunfo, que sirve, al paso que para dar á la capital su mas digna entrada, para perpetuar tambien la memoria de la del mismo rey D. Carlos III en 1759, y su elevacion al trono español.

EL BUEN RETIRO.

Todo el mundo sabe que la fundación del hermoso sitio real del *Buen Retiro*, que tiene sobre los demás la ventaja de hallarse dentro del recinto de la capital constituyendo uno de sus principales ornamentos, fué debida á la época galante y caballeresca de Felipe IV, el cual, bajo la inspiración del valioso conde-duque de Olivares, quiso ostentar en este sitio todo el gusto y la magnificencia propios del monarca de dos mundos.

La Corte del Buen Retiro presentó pues durante todo aquel reinado el espectáculo de animación mas halagüeño: hermosos y dilatados bosques y jardines, régios palacios, magníficos salones, una población numerosa, templos, teatro, cuarteles y otras dependencias: nada faltaba para dar al Retiro la importancia de una ciudad. La inclinación natural del monarca hacia el sitio que había creado; la destreza con que por medio de brillantes funciones sabía cautivar su ánimo el afortunado favorito; las costumbres caballerescas y poéticas de una corte que dictaba las leyes á la España, al Portugal, á Italia, Flandes y el Nuevo mundo, al paso que encerraba en su recinto poetas como Lope de Vega, Calderón, Tirso y Quevedo, y pintores como Velázquez y Murillo, todas estas circunstancias reunidas se reflejaban en este recinto mas que en ninguna otra parte de la monarquía, y nuestros libros de la época están llenos de los certámenes y representaciones, las máscaras y otros festejos, con que los ingenios cortesanos alternaban honrosamente con el mismo monarca, que no se desdibujaba en mezclar sus producciones á las de aquellos.

Siguió la boga de este Real sitio por todo el reinado de la casa de Austria, hasta que la nueva dinastía, que empezó en Felipe V, quiso tener su Versalles al pié de las sierras carpenteras, y dió en la estación de primavera la preferencia á los deliciosos jardines de Aranjuez. Sin embargo, gran parte de los que viven en Madrid han podido conocer el Retiro antes de la dominación francesa; han asistido en él á las etiqueteras cortes de Carlos III y de Carlos IV, y visto campar en sus salones las anchas casacas y empolvados pelucones que sustituyeron á las plumas, capas y ferruñelos; aun pueden recordar las famosas óperas que Fernando el VI importó de Italia ejecutadas en aquel teatro, cuya decoración muchas veces consistía en los mismos bosques en que estaba edificado; han visitado en fin la magnífica casa-fábrica de la China, que llegó á competir con las primeras de su clase en el extranjero, y esta fué sin duda la causa de su ruina por los ingleses en 1812.

El aspecto material de este Real sitio en aquella época, según aparece minuciosamente detallado en el gran plano de 1636, tantas veces citado, era el siguiente.—A su entrada por frente á la Carrera de San Jerónimo existía ya la gran plaza cuadrada llamada *de la Pelota*, por hallarse este juego en el local que ocupa hoy la capilla ó Iglesia provisional. A su lado derecho se levanta el suntuoso salón llamado *de los Reinos*, donde se juntaron las Cortes españolas hasta las últimas de 1789 que declararon la abolición de la ley Sálica. Este magnífico local, cuya extensión, anchura, escelentes luces y riqueza de decoración es correspondiente á tan digno objeto, excita además el interés histórico por su rico artesón recamado de oro, en que brillan las armas y blasones de los muchos y extendidos reinos que en aquellos tiempos componían la corona de España, colocados por este orden: Castilla, Leon, Aragon, Toledo, Córdoba, Granada, Vizcaya, Cataluña, Nápoles, Milan, Austria, el Perú, Brabante, Cerdeña, Méjico, Borgoña, Flandes, Sevilla, Valencia, Jaén, Murcia, Galicia, Portugal y Navarra.—Hoy está ocupado por el precioso *Museo de Artillería*, y á su entrada hay colocadas dos estatuas colosales de los monarcas Felipe IV, fundador del Real sitio, y Luis I que nació en él. Esta plaza fué construida en 1637 para celebrar en ella la magnífica fiesta Real de toros, cañas y mascarada con ocasión del advenimiento al imperio del rey de Hungría, cuñado de Felipe IV, cuya pomposa descripción ocupa largas páginas de los analistas matritenses.

A la derecha de esta plaza estaba el Palacio Real, que con el teatro y las casas de oficios formaba un gran cuadro con sendas torrecillas en sus cuatro ángulos, y dejando en el centro una hermosa plaza ó *parterre*; en una de las alas de este cuadrilongo estaba el *Teatro*, y unido á él por un paso el elegante edificio que aun existe llamado el *Cason*, y destinado á sala de bailes, el cual fué decorado con preciosas pinturas al fresco, de mano de Lucas Jordán, borradas bárbaramente en 1834 cuando se destinó este salón para la reunión del *Estamento de Próceres*. Hoy está ocupado por el *Gabinete topográfico de S. M.*—En medio de la gran plaza formada por el palacio, teatro y casas de oficio, se alzaba la *estatua ecuestre de Felipe IV*, obra del célebre escultor florentino Pedro Tacca, que hoy campea en el centro de los jardines de la plaza de Oriente; y continuaba después el caserío hasta tocar con el monasterio de San Jerónimo que comunicaba y venia á formar como una parte del sitio Real. A este se entraba también por una puerta

muy curiosa y que no carece de elegancia, que muy oportunamente se ha conservado y colocado en la nueva entrada que ha de tener el sitio por aquel lado.

Por detrás y á los lados del palacio y demás caserío se extendían los inmensos bosques interpolados con lindos jardines; por ejemplo, en donde ahora está el precioso *parterre* había uno en cuya plaza central llamada *el ochavado* venian á confluír ocho calles cubiertas de enramado. Mas arriba estaba la *Ermita de San Bruno*, que sirvió después de parroquia del Real sitio donde ahora el estanque llamado *de las campanillas*. El otro estanque grande y principal que hoy vemos, brillaba ya por su asombrosa extensión de 1006 piés de largo por 443 de ancho ó sea una superficie de 443,638 que equivale á tres veces y tercia la de la Plaza Mayor. A sus márgenes se alzaban hasta cuatro embarcaderos y varias norias, y tenia en su centro una isleta oval con árboles, en la cual en ocasiones solia alzarse un teatro por disposición del favorito conde-duque de Olivares para obsequiar con representaciones escénicas al monarca y su corte; y aun trasformada á veces con suntuoso aparato en la mitológica mansión de la hechicera Circe, servia de escena á complicadas y brillantísimas farsas navales y terrestres, diversion que cierta noche de San Juan pudo costar cara á los concurrentes á causa de un fuerte vendabal que se levantó alterando las aguas de aquel tranquilo océano y echando por tierra los artificios levantados en la misma isleta, con gran desmán de actores y espectadores.—Desde el mismo estanque arrancaba un canal llamado *el Mallo*, que siguiendo en dirección de donde hoy está la *Casa de fieras*, daba luego vuelta á los confines del Real sitio, é iba á desembocar en otro grande estanque situado donde después se alzó la casa *Fábrica de la china*, volada por los ingleses en 1812, y en cuyo centro se elevaba entonces una elegante iglesia ó ermita llamada de *San Antonio de los Portugueses*.—Los nuevos jardines, reservados hoy, á espaldas del estanque y á su costado izquierdo, eran entonces frondosas alamedas y bosques, y se llamaban el *Cazadero de las liebres*, y *Las atarazanas* donde hoy la casa de fieras. Hacia la puerta de Alcalá estaba la *Huerta del rey* con una ermita de la *Magdalena*, el *Cebadero de aves*, y otro canal llamado *Rio-chico*. No existía la entrada de la *Glorieta*, ni el enverjado de hierro (obras de Carlos III); pero si los frondosos bosques entre esta y la de San Jerónimo, y donde ahora está la casa *palacio de San Juan* había otra *ermita* dedicada al mismo santo.—Lo demás del estendido recinto de este Real sitio, y que ya en el siglo XVII venia á tener los mismos límites que en el día, aunque sin la fuerte cerca que hizo construir Carlos III, y que comprende mas de la cuarta parte de la de toda la población de Madrid ó casi tres cuartos de legua, fué con el tiempo cubriéndose de bosques, plantíos, con algunas otras ermitas, de San Pablo, de San Isidro y otras, é interpolados con ellas varias quintas, temples y descansos para la diversion de las cacerías.

Pero este Real sitio sufrió una casi destrucción en los primeros años de este siglo, cuando ocupado Madrid por las tropas francesas, fué convertido por ellas en una imponente ciudadela con que tener en respeto á la arrogante población. Sus régias habitaciones, ó demolidas ó trocadas en baterías, cuarteles y establos, sus jardines en terraplenes y campos de maniobra, y los escasos árboles que aun daban testimonio de sus antiguos bosques, velanse regados con la sangre de las víctimas madrileñas. Honor era y deber del monarca español restituido al trono de sus mayores horror aquel testimonio de desdicha, y tornar á la capital del reino su primer adorno y solaz. No quedaron pues defraudadas las esperanzas de los habitantes de Madrid; y Fernando VII, consagrando grandes sumas á la reparación de este Real sitio, alcanzó en pocos años á ponerlo en un estado de brillantez y lozanía que iguala por lo menos si no escede al que pudo tener en los reinados anteriores. Pero el palacio, teatro y edificios contiguos destruidos por los franceses (y que si hemos de creer á los que aun los han conocido valían poco bajo el aspecto artístico) no han vuelto á levantarse: construyéronse sí otros edificios en diversos puntos del Real sitio, como la casa *Palacio de San Juan*, la nueva *Casa de fieras*, la *Pajarera*, la *Faisanera*, el *Salon Oriental*, el *Mirador*, los *Embarcaderos*, la *Casa del Pescador* y otros. Plantáronse nuevos bosques, paseos, jardines y laberintos, y muy especialmente en la parte reservada á S. M. que comprende desde la casa de fieras hasta la montaña artificial; y se pusieron en planta en ellos varios primores, que si no indican el mayor gusto ni la grandeza de ideas en los encargados de ejecutarlos, prueban por lo menos la solicitud y esplendidez del monarca hacia su sitio favorito. Hoy su augusta hija y nuestra soberana Doña Isabel II, dando mayor importancia á la parte pública de estos espléndidos jardines, los ha enriquecido y decorado de un modo digno de la capital del reino, proporcionando á sus habitantes su mas preciado desahogo y comodidad.

R. DE MESONERO ROMANOS.

EL CAMBIO DE LAS EDADES.

CUENTO.

(Conclusion.)

Una risotada se oyó á su lado, le hizo levantar la cabeza refunfuñando, y ver un niño que se escapaba contento por la puerta. Este niño era Martin, el viejo zapatero; ó por mejor decir, no era ya Martin, sino mas bien Cristóbal mismo, con su blusilla, su pelo rubio rizado, su cara de rosa, su andar listo; era el antiguo zapatero que se escapaba bajo los vestidos con la edad y facciones del pobre Cristóbal.

Por un singular capricho de la encantadora, ambos á dos, Cristóbal y Martin, no obstante el cambio que habian hecho de sus personas, debian conservar el recuerdo de su condicion primera. Martin, convertido en Cristóbal, se recordaba haber sido Martin; Cristóbal, vuelto en Martin, se acordaba haber sido Cristóbal.

Bien se deja pensar que después del gran martillazo sobre los dedos, eran poco gustosas al nuevo zapatero en aquel momento las dulas de ser artista en calzados. Arrojó por el cuarto tirapié, martillo, lezna y otros instrumentos de su arte, y después, con las dos manos apoyadas en cada lado de su silla, ensayó levantar su cuerpo del asiento de cuero, donde parecia retenido por alguna fuerza sobrenatural.



Palacio de Belle-vue en Francia (Pirineos).

—¿Qué es esto? dijo, no puedo mover ni piés ni manos! Ay! ay! ¿que es lo que siento? Misericordia, socorro!

A los gritos del buen hombre acudió un vecino.—Qué se ofrece, maestro Martin?—Ay! ay!—Os molesta hoy la gota?—¿Cómo, qué es lo que decís? exclamó Cristóbal espantado, ¿yo estoy enfermo? ¿yo tengo gota?—Yo por mi nada sé, puesto que os lo pregunto. Quizá solo será vuestro reumatismo...—Ay Dios mio, mi reumatismo!...—No os digo eso, vecino, para contradeciros; si es simplemente vuestra perlesía que repite, sea en buen hora.—Decís parálisis? ¿qué entendéis por eso?—Vuestra perlesía. Parece que este pobre hombre se ha vuelto loco. ¿No os acordáis ya del ataque que sufristeis habrá cuatro años por Pascua? Ni podiais beber, ni comer, ni hablar, ni andar; en el caso que os repitiese, vecino, seria una desgracia sin duda; pero ¿qué remedio? A vuestra edad es menester esperar la muerte todos los dias.—No quiero mor...

Una los terrible, a misma que le habia costado el gran martillazo en los dedos, le oprimió la garganta, lo sacudió, lo sofocó tanto y con tanta fuerza, que permaneció mas de una hora torciéndose y dando palmadas antes de poder hablar.

—En fin, cuando hubo cesado el acceso, gritó Cristóbal llorando de todo corazon: pero yo os digo que no quiero morirme! nunca he estado malo, ni de la gota ay! ay! ni tengo gota, oh! cómo esto me punza, ni... ni... ni estoy constipado.

—Vecino, ved ahí vuestro catarro que empieza de nuevo á hacer de las suyas: sin rodeos, vaya, ¿quereis que vaya á buscar el médico?

—No tengo necesidad de vuestro médico, exclamó el afligido viejo: quiero irme á mi casa, volver á ver á mi mamá, volver á la escuela; me llamo Cristóbal, no tengo mas de seis años, y no quiero morir.

Era menester haber oído estas palabras para comprender con qué acento de desesperacion se decian; era preciso haber visto aquel viejo

que hacia poco tenia todavía solo seis años, llevarse violentamente la mano á la cabeza, querer arrancarse los hermosos cabellos rubios, y no traerse en la punta de sus secos dedos mas que una peluca espantosa; seria necesario, digo, haber sido testigo de todas esas cosas, para formarse una idea exacta del espanto y los lamentos del desgraciado zapatero.

El vecino le dejó muy pronto, persuadido de que estaba rabioso, poseído del diablo, y loco.

El resto del día, Cristóbal lo pasó sin conocimiento, tendido entre unas pieles viejas, de cubetas de agua corrompida y puntas de clavos, que muchas se le metieron en las pantorrillas. No se sabe cuánto tiempo habria permanecido en esta posicion molesta, si cerca de la noche un ruido espantoso no lo hubiese vuelto en sí. Este ruido andaba en la sala, en sus oídos, muy cerca de él.

El miedo le dió fuerzas. Se levantó precipitadamente. —Quién está ahí?

—Soy yo, Martin, dijo una voz infantil. Todo lo rompo, todo lo destrozó, todo lo quemó, si tú no me devuelves mi tienda. Máchate ó te hundo á latigazos con el tirapié.

La alegría renació en el corazón de Cristóbal. Eres tú, viejo zapatero? dijo al niño; ¿eres tú el que hace todo ese estrépito para recuperar tu martillo, tus zapatos, tu lezna, tu edad y tu figura? Oh! no creas que yo quiero ser contra tu voluntad, ni permanecer siendo Martin, cuando tú no quieres ser ya Cristóbal. Me conformo, eso es lo que deseo: vuélveme lo que me has tomado, y yo te devolveré lo que me has dado. Mas ¿es posible esto ahora? La señora encantadora será tan benéfica, que nos restablezca en el estado que teníamos esta mañana? No soy yo Martin y tú Cristóbal?

—Gracias por la fineza, respondió el ex-zapatero. Muy bien puedes recuperarlo. Por lo que hace á mí, estoy mas que cansado de ser Cristóbal, y de la escuela, y de los seis años, y del pan seco, y de la prision, y de otras cosas. Es mucha abominacion dar azotes á un hombre de mi edad!

—¿Te han azotado, mi pobre niño, dijo Cristóbal, que retenia mal una enorme gana de reir; te han dado azotes á tí, Martin?

Es decir, que creían dárteles á tí, Cristóbal, pero al fin yo soy el que los ha recibido, y es muy desagradable. No he vivido setenta y dos años para que me azote un maestro de escuela. No hay en esto razon. Primeramente, figúrate que después de nuestro cambio, al salir de aquí, me encuentro en medio de una tropa de muchachos que cacheteo por broma, y que me hunden á golpes de veras. En la batalla pierdo mi gorra, uno de mis zapatos, y mas de la mitad de mi camisa. El maestro de escuela, que pasaba en este momento, me agarra por el cuello y me lleva á la clase; me manda que me ponga de rodillas y yo no quiero; trata de hacerme leer, no quiero; me dice vaya á la prision, no quiero ir. Entonces, lo entiendes, le ocurre aporrearne con unas disciplinas; me defiende; me coge la cabeza entre sus piernas; le muerdo con todas mis fuerzas; da mas fuerte con sus disciplinas y yo grito: soy el maestro Martin, zapatero de hombres y mujeres. ¿Quereis soltarme, señor... (ni aun sabia su nombre.)

—Se llama Perez.

—Sea Perez ó como quiera, me es igual. ¿Quereis dejarme, le dije, ruin? Soy un hombre establecido, tengo una tienda en la Plaza Mayor, me quejaré contra Vd. al juez: me llamo Martin, lo entendeis? Martin!... Mas en vano gritaba Martin, Martin. Tu maestro Perez continuaba pegándose como si no hubiese hecho otra cosa en toda su vida. Eu fin, de cansado ó por compasion, abrió las dos piernas, me dejó libre, me dió una gran bofetada que me arroja á la puerta, y escapo. Ya estoy aquí, vuélveme mi silla forrada de cuero, mis setenta y dos años y mi tienda.

—Ay! con mucho gusto; mas la encantadora, la buena encantadora, ¿consentirá este nuevo cambio?

—Lo permite, dijo una voz que salia no se sabe de dónde. Era la voz del hada, y ya Cristóbal habia vuelto á ser Cristóbal, y Martin habia tomado de nuevo la forma de Martin.

Cristóbal, que habia vuelto á bajar á la edad de seis años, se palpaba desde los pies á la cabeza para asegurarse de que era él ciertamente, y no otro alguno. Miraba al viejo Martin, que lo inspeccionaba á su vez, ambos muy admirados y muy contentos. Luego que tributaron á la sorpresa, á la alegría, los primeros momentos de su nueva existencia, llegó el turno del reconocimiento, y se arrodillaron delante de la buena encantadora para dárle las gracias.

—No os castigo, les dijo esta, por los deseos que habeis formado uno y otro. El logro de esos deseos insensatos ha sido por sí mismo un suficiente castigo. Pero si no he puesto término á vuestros dolores, que al menos la experiencia de vuestra metamorfosis os sea provechosa. Contentaos con lo que existe, sin desear lo que pasó, ó puede venir. No hay un día en la vida del hombre que no tenga sus penas; las de la infancia se soportan mas fácilmente.

—Menos, sin embargo, dijo Martin, cuando un maestro de escuela...

la... La encantadora le echó una mirada severa, y continuando dirigiéndose á Cristóbal, dijo: no desees jamás envejecer, mi pobre niño, á no ser para llegar á mayor perfeccion y mas conocimiento. Lejos de afligirte por los ligeros pesares de tu edad; lejos de desear crecer para escapar de lo que crees son castigos, fatigas, males, acoge todo esto como bienes; da gracias á Dios de que eres todavía pequeño, porque lo sabes, Cristóbal, y has hecho una dura experiencia recientemente de que hay en la vida dolores mas agudos que los de ser penitenciado en la escuela, comer pan seco y estudiar la leccion. No te lamentos pues otra vez de que te imponen deberes; no te digas ya desgraciado porque se te castiga tu pereza: muy al contrario, felicitate de lo poco que sufres; esos padecimientos se dirigen á tu bien; y suceda lo que suceda, está seguro de que la infancia es la mas dichosa de todas las edades.

—Sin embargo, dijo Martin, no es preciso que un maestro de escuela...

De improviso, uno de los cajones de la vieja cómoda se abrió y volvió á cerrar con violencia. La encantadora no estaba ya en la sala.

—¿Sabes lo que nos ha dicho durante un cuarto de hora? preguntó Martin á Cristóbal; en cuanto á mí, quiero volver á casa del maestro de escuela si he entendido una sola palabra de cuanto nos ha relatado la buena muger!...

—Sí, sí, murmuró en voz baja Cristóbal, como quien habla consigo; sí, es muy cierto que soy feliz, no teniendo otra molestia mas que la de aprender á leer, y la de ir á la escuela. Qué diferencia, cuando tenia catarros, perlesias, rehumas! —Ay Dios mio! exclamó Martin, pues qué ¡tenias reumatismos, catarros, perlesias!...

—Y la gota, dijo Cristóbal...

—Tienes razon, pues siento la mia que discurre por las piernas...

¿Quieres que volvamos á llamar la encantadora?

—Gracias, maestro Martin. Por esta vez conservo mis seis años, y me marchó muy pronto á juntarme con mis camaradas en la escuela. ¡Qué placer! dijo brincando de alegría.

Cuando se retiraba á todo correr, le gritó Martin desde el umbral de la puerta: señor Cristóbal, ten la bondad de dar mis memorias al maestro Perez, y dile cuánto siento no ser ya su discípulo.

LOS INDIANOS.

NOVELA ORIGINAL

POR D. ANTONIO DE TRUEBA.

(Continuacion.)

—Ya, ya lo entiendo, señor D. José, dijo Miguel con una alegre sonrisa. ¿Conque D. Mateo se casa con Juana? Vaya, que sea en hora buena. La muchacha vale mas oro que el Perú... Y qué mal la trata el hereje de su hermano! Si la pobre Mari que se miraba en los ojos de la chica levantara la cabeza... ¡Válgame Dios, señor D. José, que picardias se ven en este mundo!

—Como este tiene fama de rico á pesar del robo, Bautista querrá hacerle pagar la gana...

—Tiene Vd. razon, señor D. José, y mas siendo el tal Bautista tan ambicioso.

—Pues para evitarlo quisiéramos que nos hiciese Vd. un favor.

—Con el alma y la vida, señor D. José. Dígame Vd. de qué manera puedo servirlos á Vds.

—Comprando la casa de Echederra como que es para tí.

—No diga Vd. mas, señor D. José; quedarán Vds. servidos. Mañana si Dios quiere, de paso que baje á misa, iré á ver á Vds. y nos pondremos de acuerdo.

—Corriente, Miguel.

—Conque vaya, ¿tienen Vds. que mandar algo para los Somos?

—Nada; memorias á tu familia.

—De parte de Vds. Den Vds. las mias á Doña Antonia.

—Así lo haremos, y la encargaremos que te tenga preparada para mañana una buena tortilla con magras y un buen jarro de vino.

—Je, je, je! No vendrá mal, señor D. José. Vaya, que siga el alivio de D. Mateo, y hasta mañana si Dios quiere.

—Adios, Miguel.

El cesterero siguió su camino, y el cura y Mateo continuaron el suyo á la luz de la luna que alumbraba hermosa y clara como el sol á mediodía.

VIII.

GANANCIAS Y PÉRDIDAS.

En una de las calles mas oscuras y menos frecuentadas de Bilbao habia una tiendecilla, en la cual entraban personas cuyo aspecto revelaba la miseria. Aquellas personas iban á dar ó tomar dinero, pero rara vez á comprar.

Tras el mostrador de aquella tienda se veia constantemente á Bautista contando y recontando dinero, examinando y volviendo á examinar ropas y alhajas, hojeando y mas hojeando recibos cuya procedencia é importe conocia á pesar de no saber leer. Algunas veces daba una voz desde la puerta de la trastienda, y aparecia inmediatamente tras el mostrador Juana, la que, por mandato de su hermano, hacia apuntaciones en un cuaderno, ó sacaba por medio de guarismos una cuenta que Bautista habia sacado por los dedos pocos momentos antes.

Daba lástima ver la desnudez y la demacracion de aquella pobre jóven; para ella no habia descanso, ni caricias, ni quien enjugara las lágrimas que derramaba continuamente al acordarse de sus padres, al pensar en su hermano Ignacio cuya suerte ignoraba, y al saber que Mateo seguia enfermo. Solo habia para ella hambre, desnudez, insultos y golpes; pero ninguna queja salia de sus labios. Bautista, prevalido de su fuerza y de la debilidad de su hermana, ejercia tal predominio sobre esta, que la desgraciada jóven temblaba al escuchar su acento, enmudecía é inclinaba con humildad y dolorosa resignacion su frente ante la mirada de aquel hombre sin corazon.

Una noche entró en la tienda de Bautista un hombre de cara y manos tiznadas. Bautista se inmuto al verle, y se apresuró á cerrar la tienda, aunque faltaba un buen rato para la hora á que la cerraba todas las noches. En seguida cerró la puerta de la trastienda después de examinar esta con cuidado, y viendo que el reciénvenido habia tomado asiento casi sin saludar, se sentó á su lado.

—¿Qué tenemos, Chomin? preguntó al forastero.

—Tenemos, contestó este, que el pájaro está cansado de la jaula, y dice que puesto que no le sacais de ella como le prometisteis, va á cantar. Mientras yo le acompañé, tuvo paciencia; pero desde que cobré la libertad, gracias á haber probado que la noche de marras estuve cantando al ladito de mi oya, se aburre de lo lindo y dice que va á cantar para que atraidos por su canto vayais á hacerle compañía.

Bautista dió una patada en el suelo profiriendo una obscena interjeccion y dijo:

—¿Y por qué me habeis de echar á mi todas las cargas cuando todos tenemos la misma obligacion de sufrirlas?

—Yo por mi parte he hecho mas de lo que me correspondía; para veinte miserables onzas que me disteis, he pasado veinte semanas en la cárcel, y vosotros que sin contar las alhajas, repartisteis á mas de doscientas onzas cada uno, no habeis visitado los calabozos de Avellaneda. En cuanto á los otros, se han largado al quinto infierno; de manera que tú eres el único que corre riesgo de ir á chirona, si á uerza de argumentos amarillos no convences á los curiales de que deben abrir la jaula al pájaro.

—Te aseguro, Chomin, que no tengo un cuarto.

—A otro can con ese hueso! Si estás ganando el oro y el moro con tus préstamos al ciento por ciento al mes... Andate con tiento, Bautista, que en Güeñes empieza á correr cierto run run poco agradable á tus oidos.

—¿Y qué me importan á mi las habladurías de los de Güeñes?

—¿No has oido contar lo de Rumbana?

—No, ni me importa...

—Pues hombre, es extraño! porque hasta los niños de teta saben en las Encartaciones lo que sucedió á Rumbana. Te lo voy á contar, puesto que no lo sabes.

—Chomin! déjate de cuentos que no vienen á pelo.

—¿Cómo que no vienen á pelo? Verás si vienen ó no vienen. Rumbana era un vecino de Zalla, que *rumbó* mucho tiempo con lo que le valieron en venta los bienes heredados de sus padres; pero al fin se le acabaron las amarillas, y el pobre hombre se daba á los demonios por no poder rumbar. Deseando volver al buen tiempo pasado, se plantó una noche en Güeñes, se sopó en casa de un ricacho, y volvió á Zalla con una buena provision de doblones. Por mas diligencias que se hicieron no se pudo descubrir al ladrón; pero cuando ya no se acordaba nadie del robo, héte que pobres y ricos, viejos y jóvenes, empiezan á cantar:

«Rumba, Rumbana,
los doblones de Güeñes.
rumban en Zalla.»

El teniente corregidor de Avellaneda oyó el cantar, echó los cinco mandamientos al pobre Rumbana, y le hizo rumbar en la horca. Conque aplica el cuento, compañero, y verás si viene á pelo ó no viene; verás si el run run que empieza á correr en Güeñes puede llegar á oidos del Teniente. Tú dijiste: aunque tengo dinero no puedo hacer uso de él en Güeñes y aun en Bilbao, sin que alguien pregunte: ¿de dónde salen esas misas? y alguien responda: de casa del cura. Pues señor, vendamos la casa y echémonos á comerciar; que así nadie estrañará que uno tenga capital para ello, y comerciemos algo lejos para que las gentes que me conocen bien fiscalicen poco mis operaciones. ¿No es verdad, Bautista, que así ni mas ni menos dijiste?

—¿Pero, Chomin, á qué viene todo eso?

—Viene á decir que entonces te portaste como hombre de talento, y que para portarte hoy como tal, debes darme una docenita de onzas que necesita el compañero para convidar á sus guardianes, á ver si le dejan largarse.

—¿Es imposible, Chomin, es imposible! No las tengo; y aunque las tuviera, ¿te parece que debo hacer mas desembolsos, habiendo hecho tantos?

—Bueno, haz lo que quieras. Voy á dar tu contestacion al pájaro enjaulado. Verás qué lindamente canta...

—Ah! exclamó Bautista en el colmo de la desesperacion, mal rayo de Dios me hunda, que esto no es vivir; esto es agonizar; esto es sufrir mil muertes; esto es pasar en la tierra los tormentos del infierno! Ni duermo, ni sosiego; siempre con sobresaltos, siempre con pesadillas, siempre con el infierno en el alma... Soy el hombre mas desgraciado de este mundo!...

—Tú lo quisiste, fraile mosten, tú lo quisiste, tú te lo ten, dijo Chomin con insolente rechifla. Conque vengan las doce del pico, compañero, que si no canta el pájaro.

Bautista apretó los dientes, meneó la cabeza, profirió un horrible juramento, y sacando de un cajon seis onzas de oro, las tiró sobre el mostrador.

—Vengan las otras seis, compañero, dijo Chomin.

—Bastantes habrá con esas.

—El pájaro quiere doce.

Bautista echó una onza mas.

—Suelta las otras cinco, compañero.

Bautista echó otra onza y otro juramento.

—Vamos, compañero, que ya faltan pocas.

—No tengo mas.

—Compañero, que va á cantar el pájaro...

Bautista tiró otra onza.

—Suelta las tres restantes...

—Tres centellas que nos partan, y á mí el primero!

—Compañero, que el pájaro está rabiando por cantar...

Bautista echó otra onza y otro taco.

—Vamos, compañero, que ya faltan pocas...

—Primero me dejo desollar vivo!

—Que canta el pájaro, compañero, que canta el pájaro!... Que te huele el pescuezo á...

Bautista arrojó sobre el mostrador otra onza.

—Vaya, compañero, ánimo! un esfuerco mas!...

—No doy mas aunque me hagan tajadas...

—Que canta el pájaro...

—Que cante cuanto quiera...

—Pero hombre, ¿por una triste onza vas á consentir que te aprieten el gañote?... Sabes que estarás bonito con un palmo de lengua fuera, dando zapatetas como los volatineros?

Bautista arrojó otra onza, exclamando furioso:

—Tómala, y gástala en cordel para ahorcarme.

—Esos son gastos del verdugo, contestó Chomin con mucha calma, acabando de recoger las onzas. Vamos, añadió, ábreme la puerta, que me voy á Avellaneda á ver si antes que amanezca puedo alargar estos cañamones al pájaro por entre los alambres de la jaula. Desde Avellaneda me iré á los rebollares de la Arbosa, donde tengo una oya si haldea ó no haldea, porque como fuisteis tan ruines conmigo al hacer el reparto, he tenido que agarrarme otra vez al hacha.

Bautista abrió la puerta de la tienda, y Chomin se alejó.

(Continuad.)

EN EL ALBUM DE MILADY C...

Dáme de tu poeta
que cantó nuestra hermosa Andalucía (1),
la lira, de las musas siempre amada;

(1) Hojas adelante estaba copiado en este Album el famoso canto de lord Byron á Andalucía.

quizás de la secreta
fascinación que siente el alma mía
al tono inmenso la hallaré templada.

De esta ribera hermosa
dáme los cantos que repite el eco,
plácidos cantos de Leon y Herrera;
de esta brisa amorosa
dáme el suspiro que de hueco en hueco
en paraíso torna la ribera.

¿Qué sones de mi lira,
luna entre nubes en mis tristes manos,
podré arrancar que á tus sentidos llegue?
En torno, hermosa, mira;
ese sol, esos campos sevillanos,
¿no harán que calle, di? ¿no harán que ciegue?

Lluvia de perlas rica
el ola que surcamos blandamente,
alba cascada á nuestros piés se estrella.
¿Quién su murmullo explica?
¿y quién habrá que de su voz intente
soltar el canto cuando canta ella?

En flores empapado,
como el aliento de la dulce abeja
cuando cargada en miel torna á su nido,
ambiente regalado
de tu cabello á la sin par madeja
salpica perlas y á turpié pulido.

El sol de Andalucía
á la ilustre ciudad de San Fernando
cobija con su manto de escarlata,
y luego se estasia
en ir tus ojos á su luz cerrando
cual flor que de la noche se recata.

¡Cuán bello el canto mudo
de este sol, de esta luz, de estas riberas!
¿cómo ha de osar interrumpirlo el mío?
Pobre quizás y rudo
el canto de los ángeles creyeras
entre los cantos del morisco río.

V. BARRANTES.

4 de mayo de 1853, á bordo del vapor *San Telmo*.



La presente lámina pertenece á la bella edicion de *Los tres Mosqueteros*, que acaba de publicarse en la BIBLIOTECA UNIVERSAL, y cuya segunda parte, ó sean *Veinte años después*, comenzará á repartirse esta semana.

Madrid.—Imprenta del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra, Jacometrezo 26.